

PARTIDOS POLÍTICOS
EN AMÉRICA LATINA:
Precisiones conceptuales,
estado actual y
retos futuros

Manuel Alcántara Sáez



documentos



Serie: América Latina

Número 3. Partidos políticos en América Latina:
Precisiones conceptuales, estado actual y retos futuros

© Manuel Alcántara Sáez
© Fundació CIDOB, de esta edición

Edita: CIDOB edicions
Elisabets, 12
08001 Barcelona
Tel. 93 302 64 95
Fax. 93 302 21 18
E-mail: publicaciones@cidob.org
URL:<http://www.cidob.org>

Depósito legal: B-20.689-2004
ISSN: 1697-7688
Imprime: Cargraphics S.A.
Barcelona, julio de 2004

**PARTIDOS POLÍTICOS EN AMÉRICA LATINA:
Precisiones conceptuales, estado actual
y retos futuros**

Manuel Alcántara Sáez*

mayo de 2004

*Catedrático de Ciencia Política y de la Administración. Director del Instituto de Estudios de Iberoamérica y Portugal, Universidad de Salamanca

Este estudio se inscribe en el ámbito del proyecto de investigación "Representación política y calidad de la democracia en América Latina: un estudio de las élites parlamentarias de América Latina" SEC2002-03483

Sumario

El estudio de los partidos políticos de América Latina	7
El problema de la institucionalización	14
Los partidos políticos al inicio del siglo XXI	16
El origen	17
El programa	21
La organización	24
Los rasgos generales de los sistemas de partidos latinoamericanos	29
La estabilidad reciente de los sistemas de partidos latinoamericanos	29
El formato numérico de los sistemas de partidos	32
La volatilidad electoral agregada	38
La polarización ideológica de los sistemas de partidos latinoamericanos	40
Una clasificación de los sistemas de partidos en América Latina	44
Los retos de los partidos políticos latinoamericanos ante su inmediato futuro	45
Referencias bibliográficas	50
Anexo. Siglas de los partidos políticos analizados	56

El estudio de los partidos políticos de América Latina

La evaluación del período 1978-2003 en América Latina en términos de la estabilidad del sistema poliárquico resulta sumamente positiva. La extensión de la definición de poliarquía a los casos latinoamericanos, entendida como la institucionalización de las elecciones, ha sido ampliamente aceptada por la academia (Alcántara, 2003), aunque desde algunos sectores ciudadanos aún se manifiesten resistencias a aceptar a la democracia en su visión procedimental¹. En cualquier caso éste ha sido un período democrático sin precedentes en la región, en extensión temporal y espacial, aun cuando los diversos sistemas políticos han tenido que enfrentarse a profundas crisis económicas, ajustes estructurales, constantes reformas institucionales, conflictos armados, violencia política, corrupción galopante, y pujas de diversos actores por imponer otro sistema político, todo ello en el marco de profundos niveles de desigualdad social y extrema pobreza. Las elecciones son una práctica aceptada así como también los resultados que de ella se generan; sin que por ello las nuevas poliarquías no dejen de enfrentar una serie de desafíos cuyo enunciado no es el objeto del presente trabajo.

Uno de los retos principales de los sistemas políticos de América Latina es el de permanecer en el tiempo. Como se ha señalado en diversas oportunidades, los ciudadanos aprenden a ser demócratas cuando practican la democracia. Por tanto, la cuestión del tiempo no es una cuestión menor. Asimismo, esta circunstancia debe ir acompañada con la creencia de que la democracia estará en el futuro. Es decir, que los ciudadanos sepan que estas

1. En la actualidad, se está dando la incorporación paulatina de sectores históricamente excluidos que entienden la democracia en sentido diferente a la visión *shumpeteriana* dominante e incluso manifiestan comportamientos antisistema. En las sociedades plurinacionales, como en Ecuador o Bolivia, los indígenas sostienen que la democracia no es tal si sólo se dedica a celebrar elecciones (Van Cott 2003; Freidenberg 2003). Su visión sobre lo que debe ser la democracia es en algún sentido antagónica al modelo vigente y eso generará tensiones en términos políticos, constituyendo un obstáculo sustentable para la consolidación democrática (Linz y Stepan 1996:38).

son las únicas reglas de juego posibles y que se mantendrán en el tiempo. Además, el desarrollo democrático se enfrenta al problema de hacer extensible la ciudadanía efectiva a todos los ciudadanos. Para algunos países, la participación de los ciudadanos en los procesos políticos de manera plena aún es una cuestión pendiente². Los grupos indígenas, campesinos, negros, de sectores rurales y de algunos cordones suburbanos de las populosas ciudades tienen derechos ciudadanos formales, pero en la práctica se encuentran en la marginalidad y no tienen posibilidades reales de hacer efectivos esos derechos.

Esto muestra que las redes de representación política que vinculan a los ciudadanos con las instituciones políticas han decaído desde la transición democrática (Hagopian 2000: 268) y que, en algunas situaciones, se han organizado nuevas alternativas de representación³ y en otras⁴ se vislumbran redes asociativas que vinculan a los actores sociales con centros de poder a través de lazos interpersonales, mediáticos y/o interorganizativos (Chalmers, Martin y Piester 1997, 545). Es cierto que muchos de estos mecanismos están ocupando un espacio que en una democracia liberal clásica deberían ser monopolio de las instituciones de representación como los partidos políticos e, incluso, estas organizaciones llegan a cumplir funciones sustantivas en la canalización de demandas ciudadanas. Pero no es cierto que debido a ello los partidos hayan desaparecido de la faz de América Latina ni mucho menos que hayan dejado de cumplir un papel importante en los sistemas políticos de la región.

2. El caso de Guatemala y de Bolivia donde gran parte de la población no está registrada oficialmente es un ejemplo de ello. Pero también ocurre en otros países como Ecuador, Perú o México, y, en un sentido diferente, Colombia.
3. Como la de los movimientos sociopolíticos de base étnica o los movimientos de protesta como los "piqueteros".
4. Como movimientos de mujeres pobres en las villas miserables chilenas; grupos vecinales o barriales en el interior de Perú vinculados a la izquierda; asociaciones voluntarias o movimientos eclesiales de base de la Iglesia Católica en Brasil, muchos de ellos originados en momentos de proscripción de los partidos durante las dictaduras (Hagopian 2000:315).

Los partidos continúan realizando funciones centrales en los sistemas políticos, aunque desempeñen mal su función de representación y articulación de demandas. Los partidos siguen participando y estructurando la competencia política; seleccionan a los representantes; contribuyen a la socialización de los ciudadanos, aunque cada vez en menor medida; dirigen el gobierno y la administración pública; establecen la agenda pública y coadyuvan en el establecimiento de la agenda mediática; actúan como oposición, incluso realizando tareas de fiscalización; y, en fin, hacen operativo el sistema político. Es cierto que en algunos casos los partidos tienen una mínima relevancia e incluso que en algunos momentos del período reciente haya sido difícil establecer los patrones de interacción en el sistema de partidos⁵, pero hay otros casos en donde en términos medios el papel de los partidos ha sido muchísimo más relevante y funcional para la estabilidad del sistema democrático.

Los partidos y las instituciones, por tanto, continúan estructurando la vida política de América Latina y esto es importante para comprender el funcionamiento de los sistemas políticos de la región. Si bien América Latina es más democrática que nunca, la práctica democrática aún tiene problemas. El conocimiento de los partidos y de los sistemas de partidos es un elemento importante (aunque por supuesto no el único) para saber más del rendimiento de las instituciones y de las interacciones de los sistemas políticos de la región y por ende la actuación sobre los mismos se alza como algo ineludible que, además, es posible.

Analizar el papel de los partidos políticos, para después actuar sobre ellos, es relevante por motivos intelectuales y por razones sociales. Los primeros señalan la importancia de los partidos en la política contemporánea de manera que ésta es impensable sin los mismos, máxime cuando la democracia, como única forma de legitimidad plausible, lleva un cuarto de siglo avanzando sin obstáculos serios en la comunidad de naciones occidentales.

5. Como en Perú, Bolivia o en Venezuela

Las segundas muestran que si bien los partidos siguen siendo considerados como imprescindibles por la mayoría de la gente, a su vez son pésimamente evaluados en su actuación en comparación con cualquier otra institución política. Paralelamente, unos y otros, intelectuales y agentes sociales, desde hace tiempo vienen estimando que los partidos están en crisis, bien porque no desempeñan correctamente sus funciones, bien por el directo repudio de la ciudadanía que insistentemente les evalúa muy negativamente. En este sentido conviene recordar que ya hace quince años Bartolini (1988: 253) se refería a que muchas de las críticas a los partidos políticos no solamente estaban viciadas por un sesgo normativo por lo que un partido debería ser sino que además probablemente se daban como consecuencia “de una visión mítica y de una idealización *ex post* de la realidad histórica”. Esta visión certera se complementa con la de Linz (2002) quien, al referirse a los problemas y a las paradojas de los partidos en las democracias contemporáneas, concluye con una sospecha de duda en torno a que la imagen de los políticos y de los partidos pueda ser sustancialmente mejorada. Una vez que proclama su escepticismo en la medida que alguno de los problemas con respecto a los partidos políticos es casi inherente a su naturaleza y por tanto difícil, si no imposible, de corregir mediante ingeniería institucional, Linz (2002: 315) aboga por la necesidad de ampliar el foco e investigar “para entender mejor el trabajo de los partidos políticos y las imágenes que los ciudadanos tienen de los partidos y de los políticos”.

Tras un cuarto de siglo de avance irrestricto de la democracia en América Latina, esta región, con su enorme heterogeneidad nacional y sus características propias, se ha asimilado a otros ámbitos occidentales en las pautas de estudio de sus procesos políticos. En ellos, el universo partidista, que desempeña un espacio fundamental en la liza democrática, como objeto de estudio solamente se ha ido incorporando al interés investigador muy recientemente apareciendo importantes estudios basados en sólidos trabajos de campo y en la utilización de teoría punta

sobre la materia así como de metodologías sofisticadas en algunos casos⁶. Esa prueba de normalización académica es decisiva para empezar a entender el papel que los partidos juegan en los sistemas políticos democráticos latinoamericanos, así como sus constricciones y retos futuros en la mejora de la política en la región.

Los partidos políticos están presentes en América Latina desde los albores de la independencia y han ido evolucionando a lo largo de ya casi dos siglos de activa vida pública, siguiendo diferentes patrones y ajustándose al contexto en el que se encuentran insertos, que es el sistema político. Sin embargo, su realidad no ha servido para construir el conocimiento académico que se tiene sobre estas organizaciones ni para elaborar los modelos o tipologías establecidos a lo largo de todo el siglo XX en la literatura más influyente. Los partidos latinoamericanos no son figuras extrañas, en su seno no acontecen fenómenos diferenciados de sus homólogos occidentales ni su papel en la política es muy distinto. Por ello, aunque la literatura sobre su universo conceptual no haya sido elaborada teniéndolos en cuenta sirve para explicarlos, si bien su grado de desarrollo responde a pautas heterogéneas tanto en lo espacial como en lo temporal. Los partidos en América Latina “también” son grupos de individuos que, compartiendo con otros ciertos principios programáticos y asumiendo una estructura organizativa mínima, vinculan a la sociedad y al régimen político de acuerdo con las reglas de éste para obtener posiciones de poder o de influencia mediante elecciones.

Por otra parte, las diferencias entre países de la región, entre partidos dentro de un mismo país y entre épocas son a veces extremas y contribuyen a cierta confusión, que se hacen aún más patentes al intentar establecer visio-

6. No es el objeto de este artículo hacer una revisión exhaustiva de lo publicado a partir de 1995 sobre partidos políticos latinoamericanos en dimensión regional. Baste recoger a título de muestra los trabajos de: Alcántara y Freidenberg (2001), Cavarozzi y Abal Medina (2002), Coppedge (1997 y 1998), Del Castillo y Zovatto (1998), Dutrénit y Valdés (1994), Mainwaring y Scully (1995 y 2003), Middlebrook (2000), Moreno (1999), Norden (1998), Payne et al. (2003), Perelli et al. (1995) y Ramos Jiménez (1995).

nes omnicomprendivas, únicas y generalizadoras. Probablemente éste es el principal reto que se tiene cuando el análisis se circunscribe al marco latinoamericano. La recuperación para unos casos nacionales, y la instauración, para otros, de la poliarquía ha dinamizado los estudios y ha incorporado en las agendas de investigación de los académicos la preocupación por el análisis de los partidos, su génesis, desarrollo, configuración interna, objetivos y funciones, así como las relaciones intra e interpartidistas.

La lectura de los autores clásicos sobre la subdisciplina y la profundización en monografías que ofrecen visiones críticas de la realidad en las ahora denominadas “democracias avanzadas” permite constatar de qué manera fenómenos que son considerados como lacras del sistema, anomalías desgajadas de un teórico ideal y vicios lacerantes están presentes desde los tempranos inicios de las formaciones partidistas. La utilización de los partidos para el uso personal de individuos ávidos de poder ilimitado, el mantenimiento de grupos cerrados perpetuados endogámicamente y servidores de sus propios intereses; el revestimiento mediante la demagogia de supuestos ideales de maquinarias trabajosamente construidas en torno a un pequeño grupo para alcanzar y luego mantenerse en el poder sin otra finalidad que el poder en sí mismo; el olvido de las promesas electorales; el intercambio de favores; el clientelismo; el desarrollo de técnicas manipuladoras de la voluntad de los ciudadanos-electores mediante la corrupción; el soborno, en fin, de la compra de la misma, son figuras que iluminan los escenarios dibujados por los trabajos clásicos más referenciados sobre los partidos políticos. Se trata de realidades de carácter casi universal que aparecen ligadas al propio devenir de la política y son diagnósticos que, al finalizar el siglo XX, pueden encontrarse en buen número de partidos latinoamericanos⁷.

7. Aunque en todos los partidos se pueden encontrar rasgos de otras caracterizaciones y sin, por consiguiente, considerarlos como tipos ideales, un análisis detenido del Frente Republicano Guatemalteco, del Partido Roldosista Ecuatoriano y del prácticamente desaparecido Cambio90 de Alberto Fujimori, entre otros, es una buena muestra de ello.

La literatura, no obstante, también se refiere a los partidos como sectas de iniciados poseedores de verdades universales con las que alcanzar "la salvación" de sus semejantes mediante el énfasis en valores que continúan la tradición ilustrada de los derechos del hombre y del ciudadano y que hablan de igualdad, de libertad, de solidaridad y de dignidad⁸. Se describen unos partidos que desarrollan funciones indispensables para la puesta en marcha de las nuevas instituciones⁹ que han ido surgiendo como consecuencia de la inclusión de las masas en la política y del desarrollo del credo democrático como eran la necesaria selección de los políticos que llegaban a alcanzar puestos de responsabilidad y de gobierno, de los opositores críticos y de los controladores de dicho gobierno, de la intermediación entre éste y los individuos, así como de la necesaria educación política de los mismos, y, finalmente, de la formulación de las políticas públicas. Los partidos así concebidos y surgidos de un tipo de coyuntura crítica u otra¹⁰ adoptaban mecanismos para su crecimiento y supervivencia que tenían en cuenta las relaciones de poder internas, el acomodo con otros grupos patrocinadores o de apoyo, la incorporación de diferentes tipos de liderazgo y su mayor o menor proyección y capacidad en las distintas instancias de gobierno o de representación en las que estaban presentes. Asimismo gran número de estos aspectos se pueden encontrar en los partidos latinoamericanos¹¹.

8. Michels (1911) hablaba del partido de la "verdad filosófica" y Weber (1984: 229) de partidos "organizados como asociación legal-formal".
9. Visión iniciada por Merriam (1922) que luego tuvo numerosos seguidores con la eclosión del funcionalismo.
10. En la línea desarrollada por Collier y Collier (1991) para América Latina y de lo aportado por Lipset y Rokkan (1967) con su concepto fundamental de *cleavage*.
11. Un análisis, entre otros, del Partido de Liberación Nacional de Costa Rica, de la Unión Cívica Radical de Argentina o de los principales partidos chilenos y uruguayos, es una buena muestra de ello.

El problema de la institucionalización

El sesgo más patente en el estudio del universo partidista latinoamericano es uno clásico en la ciencia política moderna que afecta a la raíz de muchos de los “objetos políticos” y que se refiere al concepto de institucionalización como proceso de rutinización de pautas de comportamiento. Una de las grandes aportaciones en la última década al estudio de los sistemas de partidos latinoamericanos precisamente gira en torno a dicha cuestión (Mainwaring y Scully, 1995), que, a su vez, recoge el importante legado de los trabajos más recientes en el seno de las teorías de Janda (1970), Sartori (1976), y Panebianco (1982). La cuestión de si los partidos son fines en sí mismos o son medios e instrumentos para alcanzar un determinado objetivo puede haber quedado por largo tiempo resuelta por el neoinstitucionalismo al amparar bajo el mismo paraguas del concepto de institución a aquellas expresamente formalizadas como a las informales, al definir mínimamente a las instituciones como conjuntos de patrones de conducta conocidos, practicados y aceptados ampliamente. Sin embargo, ello no resuelve el problema del anclaje de las instituciones en el tiempo, de su componente de rutinización incluyente, de su vinculación a acciones autónomas e impersonales. Más aún, no soluciona el problema de su engarce con un ámbito institucional más amplio, como es el sistema político, las relaciones con él establecidas y el carácter causal de las mismas.

Aplicado a los partidos políticos, su entramado conceptual se justifica en la medida de sus interconexiones con el sistema político. Los partidos son elementos fundamentales de éste y su institucionalización contribuye a su estabilidad y buen funcionamiento siendo determinantes, en muy buena medida, de un alto grado en la calidad del desempeño democrático. Pero esta circunstancia no es siempre así por cuanto que existen diferentes niveles de madurez en el camino hacia la institucionalización. Además, incluso a veces el camino no se desea transitar debido a haberse escogido una senda bien diferente donde las pautas hacia la institucionalización son ele-

mentos extraños. Esta situación, por la que en un momento determinado de su historia pasan todos los sistemas políticos, define particularmente bien el estado actual de los partidos en América Latina una vez que las prácticas democráticas se encuentran presentes en la mayoría de los países y su devenir se asienta de manera continuada por varios lustros, pero, a la vez, cuando son cuestionados abrumadoramente por los ciudadanos que les hacen depositarios de buena parte del malestar en que se encuentran y de los males que asolan a las sociedades: corrupción, ineficacia, incapacidad para la agregación de intereses y de identidades así como deslegitimidad en lo sistémico y, en lo estrictamente partidista, de endogamia, favoritismo, amiguismo, verticalismo y opacidad.

Los partidos son, posiblemente, el principal actor en la política democrática de América Latina y como tal se ven inmersos en primera línea en los avatares de ésta teniendo su actuación una especial repercusión en la misma a la vez de verse influidos por los arreglos institucionales existentes y el actuar de otras instancias. Sin embargo, en lo que se refiere a su propia configuración, se encuentran entre *escila* y *caribdis* que representa su articulación como instituciones o su configuración como máquinas¹².

Las instituciones partidistas poseen una lógica de actuación basada en el conjunto de los tres elementos que suponen su subsistencia a lo largo del tiempo procesando y adaptando sus características originarias. En especial dicho proceso se lleva a cabo en lo relativo a su paulatina desvinculación de liderazgos personalistas, su sólida e inequívoca apuesta por un programa que vertebre su ideología y su estructuración a través de ciertos principios organizativos que articulen su funcionamiento cotidiano, de acuerdo con criterios de racionalidad y eficacia, así como los procesos de selección de los líderes y las relaciones de éstos con el núcleo de militantes más activos.

12. Utilizando expresamente el mismo término que se encuentra en Ostrogorski (1902) y Duverger (1951).

Por su parte, las máquinas partidistas son instrumentos temporales de actuación de caudillos, entre cuyas finalidades no figura precisamente la de su trascendencia a la figura del caudillo fundador. Carecen de programa o, en su caso, cuentan con un programa desideologizado que pretendidamente aboga por propuestas tecnocráticas y apolíticas y con una organización, irregularmente establecida, que está supeditada a la estrategia del líder. El perfil personal-caudillista de los partidos políticos latinoamericanos es algo que, por otra parte, se encuentra fácilmente en la literatura más clásica relativa a los mismos. Sin dejar de lado las posibles raíces históricas de este fenómeno, perfectamente articuladas en pautas de cultura política, en tradiciones del quehacer político y, en algunos casos, resabios de antecedentes autoritarios, el mismo se puede inscribir en una onda de más amplio calado que el estrictamente regional que se refiere a la concepción del liderazgo partidista como uno de empresarios políticos¹³, que asumen su liderazgo en el partido porque esperan obtener un beneficio más que por altruismo y que requieren de la ayuda de ciertos grupos de ciudadanos para resolver sus problemas de acción colectiva supliendo a cambio ciertos bienes públicos, sean mediante políticas públicas o mediante cargos (Strøm y Müller, 1999, 13). Estos empresarios políticos desplazan del poder a líderes históricos de vocación tradicional o crean sus propios partidos.

Los partidos políticos al inicio del siglo XXI

Una visión esquemática de la disyuntiva entre instituciones o máquinas políticas en que gravita hoy el universo partidista latinoamericano puede estructurarse de acuerdo con tres ejes que lo definen¹⁴ y que son el

13. En la línea desarrollada para Estados Unidos por Aldrich y Cox y McCubbins (1993).

14. Se registra una clara aproximación al trabajo de Ware (1996) por cuanto que éste se refiere en la primera parte de su obra a la ideología; los simpatizantes, miembros y activistas; y las organizaciones partidistas.

origen, el programa y su organización¹⁵, los cuales ayudan a la hora de tener una visión de los partidos latinoamericanos, considerados individualmente, al comenzar el siglo XXI.

El origen

La mitad de los partidos latinoamericanos relevantes durante la década de 1990 se crearon hace más de un cuarto de siglo. Tienen, por consiguiente, una edad media respetable que se equipara a la de muchos de los partidos europeos. Casi una decena de ellos incluso hunde sus raíces en pleno siglo XIX. Se trata de partidos que, junto a aquellos otros nacidos en el momento de gestación del Estado populista, de su desarrollo y de la adopción de mecanismos modernizadores, han sabido mantenerse a lo largo del tiempo, sustituir sus liderazgos y adaptar sus estrategias tanto programáticas como organizativas. Y todo ello pese a las discontinuidades impuestas en la vida política latinoamericana por las irrupciones del autoritarismo bajo sus diversas formas. La gran cuestión para el análisis politológico de la historia de alguno de estos casos radica en intentar comprender las razones de la supervivencia de muchos de esos partidos, como sería el caso arquetípico del Partido Aprista Peruano e incluso del Partido Justicialista, en el seno de circunstancias extremadamente adversas de proscripción, represión y persecución de sus militantes. De entre los partidos surgidos más recientemente cabe destacar su capacidad a la hora de saber incorporar a grupos tradicionalmente marginados del escenario público siendo vehículos de los sectores revolucionarios-populares (el Frente Sandinista de Liberación Nacional o el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional) y de las comunidades indígenas (el Movimiento Unidad Plurinacional Pachakutik-Nuevo País) y de otros que, si habitualmente estaban presentes como podía ocurrir con los empresarios, solían canalizar su presencia a través de otras instancias como acontecía en El Salvador con el Partido de Conciliación Nacional antes de que la cúpula empresarial apostara decisivamente por ARENA.

15. Son los elementos sobre los que se vertebra el reciente trabajo de Alcántara (2004).

Asimismo, la mitad de los partidos relevantes se crearon *ex novo*. Lo que cuestiona uno de los grandes mitos sobre los partidos latinoamericanos que se refiere a su habitual tendencia a la fragmentación. Es posible que el número de movimientos secesionistas sea alto, pero ello no es indicativo de que las divisiones generen partidos con una alta capacidad de mantenerse en el sistema político con niveles de viabilidad mínima. Tomemos como ejemplo el caso del Partido Justicialista en Argentina, en el que se conoce el gran número de escisiones que ha sufrido desde la década de 1960 hasta el presente, pero que ninguna de ellas ha terminado fructificando. Bien es cierto que en la posición contraria se puede encontrar el caso de los partidos en Guatemala, donde el Partido de Avanzada Nacional y el Frente Democrático Nueva Guatemala se hallan al borde de la desintegración. Sin embargo, la tendencia regional general es a contar con un escenario en el que estén sobreprimados los partidos nuevos fruto de impulsos originales, de liderazgos sin pasado partidista y de coyunturas novedosas.

Otro dato significativo y peculiar de la vida partidista latinoamericana es la proclividad a la puesta en marcha de Frentes. Acuciados por cierto imperativo para con la búsqueda de rentabilidad electoral, los Frentes son agregados de partidos pequeños o de escisiones de los partidos grandes que buscan acomodo para maximizar sus esfuerzos. De hecho, media docena de los partidos más significativos tiene esta condición.

Aunque el centralismo dominante en la política latinoamericana durante décadas hacía de las capitales el resorte fundamental de la misma, la potenciación progresiva de otros núcleos urbanos y el desarrollo de fórmulas descentralizadoras propició en los últimos años el tímido surgimiento de partidos de ámbito regional. Países como Brasil, Ecuador y Venezuela dan cabida en su seno a los principales esfuerzos partidistas de corte no centralista y, para los dos últimos casos, de ámbito regional.

El nacimiento de los partidos latinoamericanos se debió a la necesidad de asegurar que el funcionamiento del régimen político fuera racional, circunstancia ya anunciada en la literatura clásica (Ostrogorski, 1902:

619) y que refuerza la idea que rechaza la excepcionalidad de la coyuntura latinoamericana. La gran mayoría de ellos emergió como consecuencia del reto electoral. Si bien hubo circunstancias históricas que empujaron al nacimiento de algunos partidos derivadas principalmente de procesos revolucionarios o de situaciones de contestación a momentos profundamente autoritarios y excluyentes, los partidos latinoamericanos se crearon para responder a una cita electoral. La conquista del poder, o de parcelas del mismo, mediante los comicios fue, y continúa siendo, el principal acicate existente detrás de la puesta en marcha de un partido político. El paulatino incremento del grado de confianza en los procesos electorales, más limpios, iguales, libremente competitivos y técnicamente mejor implementados que nunca, ha sido un claro factor determinante del asentamiento de las maquinarias partidistas que se mueven en un terreno más seguro, de mayor certidumbre y confiabilidad.

Otro de los tópicos más constantes acerca de los partidos latinoamericanos se refiere a su origen caudillista, a su vinculación a un líder poseído de características muy peculiares referidas a su dominación personal, a la adscripción de las voluntades de sus partidarios por razones emotivas que responden al carisma de un líder, al desarrollo de relaciones clientelares y patrimonialistas, y a la búsqueda de su sucesión mediante el traspaso del poder a algún miembro de su entorno familiar. También ha sido un lugar común sostener que el origen de los partidos se ubicaba en los cuarteles como consecuencia de una concepción que consideraba a los ejércitos las columnas vertebradoras de la nación y la institución permanente por excelencia del Estado. Un análisis riguroso permite desmentir estas ideas. Los partidos latinoamericanos fueron fundados en su mayoría por grupos de individuos, no caudillos, y, en una mayoría aún más grande, fueron creados fuera de los cuarteles. Lo que se ha denominado el liderazgo civil-colectivo es el tipo de liderazgo dominante en el origen de los partidos claramente superior en número de casos a las otras tres categorías definidas de liderazgo civil-personal, armado-colectivo y armado-personal. Además, el desarrollo de la democracia ha ido desdibujando los caracteres caudillistas y militaristas más duros que pudieran tener

algunas de las formaciones más sólidamente ubicadas en dichas clasificaciones. Ni el Partido Justicialista, ni el Partido Democrático Revolucionario panameño, ni la Unión Democrática Independiente chilena, entre otros, son hoy partidos con un liderazgo de los denominados personalistas, ni el Frente Sandinista de Liberación Nacional o el Partido Revolucionario Institucional tienen nada que ver con sus orígenes armados. Bien es cierto que en muchos casos la presencia todopoderosa del líder fundador no se termina sino con su muerte, pero el hecho de que tras la misma el partido busque cauces institucionales de continuidad bajo formas no caudillistas es una circunstancia que debe ser subrayada.

El carácter antisistémico en el momento del nacimiento de los partidos latinoamericanos es una nota peculiar para la tercera parte de los que hoy son relevantes, aspecto que, no obstante, debe matizarse por cuanto que está algo más vinculado a partidos cuya fecha de creación es anterior a 1975 y que se vieron inmersos en los momentos de quiebra del sistema. Los partidos de entonces que hoy continúan vigentes tuvieron en mayor medida expresiones originarias revolucionarias como consecuencia de que su aparición se hacía en un ambiente hostil. Sin embargo, los partidos con carácter reactivo surgen a partir de dicha fecha mostrando una clara relación con los acontecimientos del proceso democratizador acaecido en los diferentes países y que enfatizaban desde la consolidación en el escenario político de grupos proscritos hasta entonces a la prédica de valores que habían suscitado la repulsa histórica de los sectores que ahora los ponían en marcha. Todo ello no debe ocultar que la mayoría de los partidos hoy relevantes tuvieron un origen de lealtad enmarcado en las coordenadas del sistema político entonces vigente.

Los partidos han ido evolucionando de forma muy diferente de manera que, conforme transcurre el tiempo, el peso de su origen se va diluyendo y su impacto en su realidad contemporánea tiene menor sentido. Las adaptaciones a los cambios registrados en el entorno en el que se encuentran y las dinámicas propias derivadas de las transformaciones en su liderazgo y de las distintas opciones tomadas con relación a sus estrategias políticas, sus

ofertas electorales y sus reacomodos organizativos tienen efectos de hondo calado en el recuerdo de su origen. Sin embargo, los partidos pueden clasificarse razonablemente de acuerdo con los citados criterios.

El programa

El programa constituye la faceta que contribuye a dotar de señas de identidad a un partido con mayor precisión. Por otra parte, el hecho de ser el siglo XX el gran escenario por antonomasia de confrontación de las ideologías más extremas impregnó de manera decisiva a los partidos que, adaptándose a las mismas, terminaron siendo sus vehículos de transmisión y de ejecución de sus contenidos. Esta situación se dio asimismo en América Latina, donde proliferaron los partidos de todo corte ideológico a lo largo de buena parte de la primera mitad del siglo.

La expansión del Estado populista a lo largo de medio siglo diluyó el contenido ideológico de la política al construir, de forma ecléctica, un ideario centrípeto en el que la máxima fundamental radicaba en torno a un proyecto monolítico al que la guía modernizadora cepalina contribuyó notablemente. La “tercera vía” peronista y el sincretismo priísta resumieron la nueva situación en la que, aparentemente, no había espacio para otras visiones puesto que ellas daban cabida en una misma expresión a lo popular, lo nacional y lo político. Los partidos eran meras comparsas de un programa global fuertemente integrador, por una parte se acoplaban con las versiones europeas “atrápalo todo” en la medida en que poseían un carácter interclasista, pero, por otra, su ideología era un subproducto del sistema político en el que el Estado y la clase dirigente desempeñaban un papel hegemónico. El esquema sufrió el impacto abrupto de la revolución cubana que introdujo un nuevo sesgo en el que el conjunto formado por el nacionalismo, el antiimperialismo, el marxismo y el internacionalismo articulaba una nueva relación en la liza política. La posterior crisis del modelo de Estado y la paulatina sustitución del paradigma estadocéntrico a partir de la década de 1980 por otro de corte neoliberal terminó de desdibujar el legado populista e

introdujo a los países latinoamericanos en una nueva etapa. Contrariamente a las tesis en torno a la idea del “fin de la historia” y de la desideologización de la política, la desaparición del modelo populista, en conjunción con la práctica cotidiana de la poliarquía dinamizadora de la competencia y del juego político, ha abierto en América Latina un espacio insólito de contienda ideológica. Los partidos políticos mediante sus programas son un fiel reflejo de ello.

Los partidos latinoamericanos tienen en su gran mayoría programas escritos en los que reflejan sus objetivos de acción política. Estos programas contribuyen a darles determinada visibilidad entre el electorado por cuanto que le brindan explicaciones de cómo entender el mundo de la política, guían su actuación cuando llegan a puestos de gobierno y facilitan la captación de sus militantes que comparten un determinado conjunto de valores y opiniones acerca del conflicto político y sus posibles soluciones. Pero además de poseer principios programáticos, propiamente hablando, cuentan con posicionamientos ideológicos que se manifiestan a través del eje izquierda-derecha que, de acuerdo con la literatura especializada¹⁶, estructura perfectamente la competición partidista y simplifica el complejo universo de la política.

Los principios programáticos se pueden medir utilizando tres ejes que recogen sendos aspectos primordiales de la política hoy en día. Se trata, en primer lugar y en el seno de la política económica, de evaluar la mayor o menor aceptación del neoliberalismo o, en el polo opuesto, del estatismo, por parte de la clase política. En el ámbito de los valores, en segundo término, se pretende medir la mayor o menor proclividad hacia posiciones tildadas de conservadoras o de progresistas. Estos dos ejes, conjuntamente con el de izquierda-derecha diferencian perfectamente a las formaciones

16. Las referencias son abundantes, baste recordar a Inglehart y Klingemann (1976), Sani y Sartori (1983), Kitschelt y Hellemans (1990), Mair (1997), Knutsen (1998) e Imbeau et al. (2001) entre muchos otros.

consideradas estableciendo un inequívoco terreno de competición y brindan la posibilidad de establecer una clasificación final que integre los distintos criterios utilizados y que guarda, asimismo, un enorme grado de coherencia por cuanto que se registra una alta relación y asociación entre los principios programáticos y la ubicación ideológica. La sólida propuesta de clasificar a los partidos latinoamericanos en las tres categorías denominadas “partidos a la derecha”, “partidos centristas” y “partidos a la izquierda” que figura en el cuadro 1 dota a este conjunto de formaciones de un carácter claramente ideológico cuando se inicia el siglo XXI.

Cuadro 1. Clasificación de los partidos políticos latinoamericanos según su ideología

	Partidos a la derecha	Partidos centristas	Partidos a la izquierda
Argentina	PJ	UCR	FREPASO
Bolivia	ADN	MIR, MNR y UCS	-
Brasil	PFL	PMDB, PPB y PSDB	PT y PDT
Chile	RN y UDI	PDC	PPD y PS
Colombia	PC	PL	-
Costa Rica	-	PLN y PUSC	PFD
Ecuador	PSC	DP y PRE	ID y MUPP-NP
El Salvador	ARENA	-	FMLN
Guatemala	FRG y PAN	-	FDNG
Honduras	PNH	PLH	-
México	-	PAN y PRI	PRD
Nicaragua	PLC	-	FSLN
Paraguay	-	ANR y PLRA	-
Panamá	-	PA y PRD	-
Perú	Cambio90	-	PAP
Uruguay	PN	PC	EP-FA

Fuente: Alcántara (2004).

La organización

Los partidos cuentan con recursos organizativos que hacen referencia a elementos materiales de su estructura administrativa y de servicios y que tienen un uso determinado en términos de frecuencia y de intensidad. Paralelamente poseen recursos humanos ligados con relaciones de autoridad cuyo ejercicio se suele desarrollar de manera disciplinada. Ambos tipos de recursos pueden evaluarse según indicadores que reflejan su mayor o menor grado de presencia así como de incidencia en la vida partidista cotidiana. Desde esta perspectiva organizativa, los partidos han pasado por diferentes fases que han estado relacionadas con distintos momentos de la política

América Latina también contempló en qué medida los cambios acontecidos en la política a partir de 1980, que trajeron la apertura de los sistemas políticos e implantaron las reglas de la poliarquía, tuvieron efectos significativos en la organización de los partidos. La descentralización política, el cuestionamiento de la cláusula de no-reelección, el impacto del rendimiento electoral y la introducción de innovaciones en los sistemas electorales, como fueron la mayor presencia del *ballotage*, del voto preferencial, los cambios producidos en la magnitud de las circunscripciones, la separación en el calendario de los comicios y la puesta en marcha del proceso de elecciones primarias en los partidos, tuvieron consecuencias notables en la organización de éstos. Pero asimismo fueron circunstancias exógenas a los partidos a tener en cuenta el incremento del papel de los medios de comunicación, en especial de la televisión, como formadores casi exclusivos de imágenes políticas y la práctica desaparición del Estado, inmerso en una profunda crisis económica de consecuencias irreversibles, como nodriza de las actividades partidistas.

Los partidos latinoamericanos poseen una estructura continua, se encuentran asentados de forma más o menos extensa en el territorio nacional medido por el nivel de infraestructuras y burocracia en ciudades de cierto tamaño, pero no todos tienen igual grado de vida par-

Cuadro 2. Papel de los líderes nacionales y relaciones de poder en los partidos latino-americanos

	Partidos en los que los líderes nacionales tienen más peso para nombrar a los candidatos al Congreso	Partidos en los que los líderes nacionales tienen menos peso para nombrar a los candidatos al Congreso	Partidos con fuerte núcleo de líderes en la organización	Partidos sin fuerte núcleo de líderes en la organización	Partidos con relaciones de poder más verticales	Partidos con relaciones de poder más horizontales
Argentina	FREPASO			FREPASO, PJ, UCR	PJ	
Bolivia	ADN, MIR, UCS		ADN, MNR, ADN, MIR			
Brasil	PDT, PPB, PSDB	PT	PDT	PT		PFL, PPB, PSDB, PT
Chile		PDC, RN, UDI		PPD, RN		PPD
Colombia				PL	PC, PL	
Costa Rica		PFD		PFD, PLN	PLN	PFD
Ecuador	DP, PRE, PSC		ID, PRE, PSC	MUPP-NP	PRE, PSC	MUPP-NP
El Salvador		FMLN	ARENA, FMLN			FMLN
Guatemala	FDNG, FRG	PAN	FDNG		FRG	
Honduras			PLH, PNH		PNH	PLH
México		PAN, PRD				
Nicaragua		FSLN	FSLN, PLC			FSLN
Panamá	PA	PRD			PA	
Paraguay		PLRA	ANR		PLRA	
Perú	Cambio90			Cambio90	Cambio90	
R. Dominicana		PLD, PRD	PLD, PRD, PRSC			
Uruguay		EP-FA			PN	

Fuente: Alcántara (2004)

tidista, entendiendo por tal la realización de actividades periódicas como son reuniones, encuentros y consultas entre los diversos niveles de la organización. La integración de estos elementos permite referirse a partidos con menor estructuración y vitalidad como es el caso de tres partidos prácticamente desaparecidos: Cambio90 y Frente Democrático Nueva Guatemala y del FREPASO, el Partido Liberal de Honduras y la Democracia Popular de Ecuador. Frente a ellos, el número de partidos con mayor vitalidad y más estructurados es más alto. En otro orden de cosas, el estudio del origen de las finanzas de los partidos pone de relieve que el modelo claramente predominante en la región es el de la financiación individual por parte de los candidatos. Solamente quiebran de forma clara esta pauta de comportamiento generalizada el Partido Revolucionario Democrático de México y el Encuentro Progresista-Frente Amplio uruguayo. Por último hay que señalar que los partidos se organizan mayoritariamente para conseguir más electores, objetivo que es con creces más relevante que la estrategia que pudieran diseñar para ampliar las bases de sus militantes, además se registra una notable correlación entre esta opción y la autoubicación ideológica: los partidos a la derecha son más proclives a acentuar estrategias de ampliación de sus bases electorales mientras que los partidos a la izquierda apuestan por incrementar el número de sus militantes.

Las relaciones de poder en el seno de los partidos latinoamericanos muestran una estructura de autoridad muy diversa que echa por tierra el lugar común que les supone tender a la concentración del poder en manos de un único individuo. De hecho, los partidos latinoamericanos se pueden dividir en prácticamente tres grupos de acuerdo con el mayor, medio o menor nivel de su liderazgo nacional, de manera que entre los dos grupos extremos se encuentran diferencias enormes (véase el cuadro 2). Paralelamente, los partidos latinoamericanos son formaciones que, lejos de estructurarse en torno a opiniones monolíticas y de anular el debate ideológico interno, recogen en

buen número, y en cierta medida, opiniones diversas y poseen un debate ideológico intenso. El mayor nivel de discusión ideológica se relaciona con el carácter revolucionario del origen de los partidos y el contenido programático de partidos a la izquierda.

Una aproximación empírica a la organización de los partidos latinoamericanos muestra que su patrón es extremadamente variopinto. También se evidencia que, dentro de su gran variedad, se ofrecen imágenes de los partidos que contradicen lugares comunes. Su inexistencia como organizaciones, su inestabilidad y estructuración débil, su falta de debate interno así como su monocorde discurso, y su liderazgo concentrado y todopoderoso, entre otros, son aspectos que no forman parte de la realidad de la generalidad de los partidos latinoamericanos. Aunque son calificativos que frecuentemente invaden los medios de opinión pública llevados de casos de actualidad de carácter extremo y poco representativo de lo que acontece en la región su ligazón con lo realmente existente es limitada. La elaboración de las tipologías siguiendo los ejes de la organización y del liderazgo de partidos institucionalizados y de máquinas electorales y de partidos democráticos y máquinas caudillistas, que se refleja en el cuadro 3, puede suponer un paso adelante en la comprensión de los partidos políticos latinoamericanos.

Cuadro 3. Clasificación de los partidos políticos latinoamericanos de acuerdo con sus aspectos organizativos y con su liderazgo

	Tipo	Categorías	Partidos
Organización	Partidos institucionales	Partidos que mantienen una estructura continua, burocratizada, con cierto nivel de infraestructuras y de vida partidista, teniendo un papel muy activo en la captación de recursos para financiar las campañas de sus candidatos y deseando desarrollar una base de militantes lo más amplia posible.	PT, FMLN y EP-FA
	Máquinas electorales	Partidos con estructuras débiles, orientados hacia las elecciones y los electores y basando la política de su financiación en las actividades individuales de sus candidatos.	FREPASO, FDNG, PPD, PLH, PNH, DP, PRE, y CAMBIO90
Liderazgo	Partidos democráticos	Partidos con relaciones de poder horizontales, liderazgo diluido y corrientes en su seno-partidos con un alto grado de democracia interna y con militantes que acatan con mayor predisposición las resoluciones del partido	PT, PFD, MUPP-NP, FMLN, FSLN, EP-FA, PDT, PPB y PSDB, ARENA, PRE, PLC y PLD
	Máquinas caudillistas	Partidos con un fuerte y centralizado liderazgo y con unas relaciones de poder muy verticales, partidos con menor democracia interna y con militantes menos proclives a acatar las resoluciones del partido.	PRE, FRG, PA, Cambio90, FREPASO, PJ, PRI y ANR

Fuente: Alcántara (2004)

Los rasgos generales de los sistemas de partidos latinoamericanos

Los partidos políticos intervienen en una arena de competencia política en la que sus actuaciones conforman una serie de interacciones que se articulan bajo una lógica sistémica y cuyo estudio ha sido central desde el seminal trabajo de Duverguer (1951). Sobre la idea del partido aislado se estructuraba la del partido en liza con otros. Los sistemas de partidos llamaban entonces la atención al analista por su capacidad de reflejar una parte sustantiva del juego político. Su formato numérico, la volatilidad electoral y el marco de competencia ideológica han sido configurados desde Sartori (1976) como indicadores válidos para aproximarse a un mejor conocimiento de los sistemas de partidos y permitir la comparación tanto sincrónica como diacrónica. Los mismos pueden aplicarse al universo latinoamericano cuya estabilidad, en lo atinente a los sistemas de partidos de la región, es irregular.

La estabilidad reciente de los sistemas de partidos latinoamericanos

Un análisis de la evolución de los sistemas de partidos desde la perspectiva de los actores que ejercían un control mayoritario de la representación política en el período que grosso modo tiene su inicio en los albores de la transición política, o en su defecto de principios de la década de 1980, muestra la dificultad de referirse a la región en términos homogéneos. De los dieciocho países considerados, mientras que un tercio no ha registrado cambios en su competencia partidista sustantiva, otro tercio ha visto cambios enormes en la misma y el tercio restante ha sufrido cambios menores. El cuadro 4 pone de relieve esta situación que se muestra más compleja que aquéllas que superficialmente hablan de cambios generales y profundos en el universo partidista latinoamericano.

Aunque en el caso de Colombia se podría argumentar sobre la naturaleza de su sistema de partidos y sobre las profundas transformaciones que se están produciendo en el seno del liberalismo y, más aún, del conservadurismo,

Cuadro 4. La evolución de los sistemas de partidos en América Latina

Sistema de partidos al inicio de la transición. Partidos con mayor apoyo en la elección fundacional legislativa

Sistemas de partidos en la actualidad. Partidos con mayor apoyo en la elección fundacional legislativa

PAÍS	Año	Partidos	Año	Partidos
<i>Países cuyo sistema de partidos no aprecia cambios</i>				
Colombia	1982	PL, PC	2002	PL, PC
Chile	1989	Concertación, Unión por Chile	2001	Concertación, Alianza por Chile
Honduras	1981	PLH, PNH	2001	PLH, PNH
Panamá	1994	PRD, PA	1999	PRD, PA
Paraguay	1993	ANR/PC, PLRA	2003	ANR/PC, PLRA
Uruguay	1984	PC, PN, FA	1999	EP/FA, PC, PN
<i>Países cuyo sistema de partidos cambia ligeramente</i>				
Argentina	1983	UCR, PJ	2003	PJ
Bolivia	1985	MNR, ADN, MIR	2002	MAS, NFR, MNR, MIP, MIR
Brasil	1986	PMDB, ARENA/PDS/PPR, PDT	2002	PT, PFL, PMDB, PPB
Costa Rica	1982	PLN, UNIDAD/PUSC	2002	PLN, PUSC, PAC
Nicaragua	1990	FSLN, UNO	2001	FSLN, PCL
R.Dominicana	1978	PRD, PR/PRSC	1998	PRD, PLD
<i>Países cuyos sistemas de partidos cambia drásticamente</i>				
Ecuador	1979	CFP, ID, PCE, PLRE, DP, PSC	2002	PSC, ID, PRE, PRIAN, MUPP, SP
El Salvador	1985	ARENA, PDC, PCN	2003	FMLN, ARENA, PCN, PDC
Guatemala	1985	DCG, UCN, MLN, PDCN, PR	1989	FRG, PAN
México	1985	PRI	2003	PRI, PAN, PRD
Perú	1980	PAP, AP	2001	Perú Posible, PAP, FIM, UPP, Unidad Nacional
Venezuela	1973	AD, COPEI	2000	MVR, MAS, AD

En el caso de que hubiera dos cámaras se incluye el dato de la Cámara Baja. El criterio de inclusión es que los partidos tuvieron una representación mayoritaria en la Cámara. En Chile, los partidos de la Concertación (PDC, PD, PS, PRSD) y de Unión por Chile y Alianza por Chile (RN y UD) han permanecido estables.

Fuente: Elaboración propia

parece evidente que la estabilidad es la nota dominante en Chile, Honduras, Panamá, Paraguay y Uruguay, donde los partidos se encuentran muy asentados y los mismos partidos a lo largo de dos décadas monopolizan casi totalmente la representación política. Ello contrasta profundamente con otros países en los que los cambios han sido radicales habiendo llegado a modificar profundamente las opciones partidistas, pudiéndose hablar con propiedad de una refundación del sistema de partidos. Sin embargo, de los seis casos nacionales que integran este apartado en dos de ellos los cambios acontecidos tienen que ver con el avance de la democracia. En efecto, el hecho de que el PRI dejara de tener una posición hegemónica en el sistema mexicano dejando paso con opciones reales de gobierno al PAN y al PRD y de que el FMLN se convirtiera en el partido mayoritario salvadoreño desde su militancia armada guerrillera de la década de 1980 son una prueba del cambio registrado. Solamente, por consiguiente, Bolivia, Ecuador, Perú y Venezuela, todos ellos países andinos, registran cambios profundos¹⁷. Estos son, por tanto, los países que lideran, y prácticamente ellos solos ejemplifican la profunda crisis que asola al universo partidista latinoamericano. Ésta es una circunstancia que no siempre se tiene en cuenta a la hora de hacer análisis regionales, muchas veces de tono catastrofista.

La situación de “darwinismo político” (Coppedge, 2001, 174), donde unos partidos se ven sustituidos por otros con diferentes características organizativas, supone la supervivencia de aquellos partidos que se adaptaron mejor al entorno político de austeridad y de estancación económica que caracterizó la década de 1980 y que fue bautizada como “década perdida”. Los partidos de derecha o de centro derecha en el gobierno y personalistas o de centro izquierda de la oposición tuvieron más oportunidades para sobrevivir.

17. Algo que coincide con los cambios habidos en la volatilidad agregada para el período 1982-1995 realizados por Coppedge (2001: 175). En dicho lapso, aparecen estos cuatro países entre los cinco primeros de entre once estudiados encontrándose también Brasil cuyo sistema de partidos cambió dramáticamente como consecuencia de la transición a la democracia que vivió dicho país entre 1982 y 1986.

El formato numérico de los sistemas de partidos

El número y la fuerza relativa de los partidos en una circunscripción electoral (ya sea nacional o local) permite conocer más detalladamente la estructura de la competencia partidista. El nivel de fragmentación de un sistema de partidos indica el número de agrupaciones que obtienen una proporción importante de los votos y de los escaños y se encuentra asociado con una amplia gama de factores políticos, sociales y económicos. El número de partidos afecta las probabilidades de que el partido de gobierno obtenga una mayoría sólida en el Legislativo y cuente con su apoyo para conseguir aprobar las políticas públicas. Altos niveles de fragmentación del sistema de partidos, junto a altos niveles de polarización, hacen al sistema menos gobernable (Sartori, 1976; Payne et. al. 2003, 155); predispone a bloqueos entre el Ejecutivo y el Legislativo (Mainwaring 1993, 200); dificulta las posibilidades de generar coaliciones gobernantes (Chasquetti, 2001); así como también facilita la ruptura democrática o las crisis institucionales (Linz, 1984, 1997). Es más, de manera específica, hay quienes alertan que un alto número de partidos asociado al presidencialismo produce una combinación que dificulta la gobernabilidad (Mainwaring, 1993: 200-201). Y esto aun cuando ha habido contraejemplos claros como el chileno, en el que la democracia fue estable durante cuarenta años con un sistema multipartidista o el argentino, en el que la práctica bipartidista entre radicales y peronistas no evitó continuos golpes de Estado (Coppedge 1994: 72), por lo que se muestra que más que el multipartidismo a secas, el peligro está en aquel en el que las élites no facilitan la construcción de mayorías y coaliciones que permitan la gobernabilidad (Artiga-González 2003).

Si se considera el poder legislativo como ámbito primordial de la competencia política una vez dirimida la contienda electoral y se analiza el número de partidos allí existentes realizando una relativa ponderación en función de su peso, –esto es lo que viene a ser el concep-

to de número efectivo de partidos expuesto por Laakso y Taagepera (1979)—, se constata que los sistemas políticos latinoamericanos tienden al multipartidismo. Los datos muestran que apenas un número muy reducido de países se acerca al bipartidismo puro que traduce con más simpleza la lógica gobierno-oposición (actualmente sólo Honduras, Nicaragua y Paraguay). Por el contrario, todos los demás están inmersos en una situación de transición (Costa Rica) o con un alto número de partidos que conlleva habitualmente dos cosas: por una parte, la rotación de partidos con mayorías parlamentarias, lo cual supone que diferentes partidos alcanzan éxitos electorales significativos; por otra, las dificultades para construir apoyos sólidos para el presidente en el legislativo genera la necesidad de conformar acuerdos amplios que lleven a gobiernos de coalición, circunstancia que ha sucedido en Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Venezuela y Uruguay. Si bien se ha señalado lo negativo de un exceso de partidos para la gobernabilidad, en la medida en que se confunde al electorado cuando necesita opciones diferenciadas limitadas y en la propensión a hacer más complicada la existencia de mayorías sólidas, claras y estables. Sin embargo, tanto la tradición electoral de incorporar la representación proporcional en los comicios legislativos como la propia heterogeneidad de las sociedades latinoamericanas reflejan una situación distinta a ese supuesto ideal.

La observación de los datos en el período 1979-2003 muestra una mayor fragmentación de los sistemas de partidos, que podría pensarse en diferentes términos: a) como la representación natural de diversas tendencias ideológicas en el sistema de partidos; b) como la incorporación de nuevos actores en la política (guerrilla, indígenas, paramilitares, movimientos sociales) que han estado excluidos, y desde una visión más pesimista, c) como el resultado del uso de los partidos como vehículos personales y de vías de resolución de conflictos internos de los partidos.

Los ejemplos son diversos y los casos son diferentes entre sí. Argentina contaba con un bipartidismo claro en la década de 1980 pero con el paso de los años se fue fragmentando cada vez más, fundamentalmente, por la escisión del Partido Justicialista y la fluidez de su oposición, siendo junto a Brasil, Ecuador, Perú, Paraguay y Colombia, donde mayor ha sido la magnitud del cambio en el número efectivo de partidos legislativos. Colombia mantiene su bipartidismo, aunque hay una mayor fragmentación, a raíz de un sistema electoral que propugna la “guerra de residuos”, esto es, la lucha de los partidos o movimientos que presentan muchas listas en los diferentes distritos electorales para beneficiarse de los “residuos” en la asignación de escaños antes que luchar por conseguir escaños en los “cocientes” (Pizarro, 2001: 360); ello proyecta un marco enormemente caótico. Brasil inicia el período con un multipartidismo moderado y avanza hacia uno de corte extremo. Venezuela sufre un cambio fundamental, que va desde su histórico bipartidismo a un multipartidismo extremo para la elección refundacional de 2000. En Perú ocurre algo similar al mantenerse en un sistema de naturaleza bipartidista durante los dos primeros gobiernos post-transición para luego pasar bruscamente al multipartidismo durante los períodos de Fujimori, empleándose a los partidos como meros “taxis” electorales. En Ecuador, aunque su sistema de partidos presentaba rasgos multipartidistas en la elección fundacional, con el paso de los años la fragmentación se fue acentuando hasta llegar al multipartidismo extremo de corte polarizado en los comicios de 2002, debido a la incorporación de nuevos actores en la política (como en el caso de MUPP/NP) así como también por la presencia de políticos y electores volátiles, que en muchos casos utilizan la creación de partidos como vehículos de participación electoral (como en Perú) o como una manera de resolver conflictos en el interior de los partidos mayoritarios.

La evaluación del número efectivo de partidos legislativos señala entonces que para el período analizado puede ordenarse a los partidos en diferentes grupos. En primer lugar, Honduras, Nicaragua y Paraguay mantienen sus rasgos bipartidistas. República Dominicana y Costa Rica presentan sistemas de dos partidos y medio, algo hacia lo que apunta Colombia enmarcada en una fuerte fragmentación de los partidos tradicionales, especialmente del Partido Liberal y expectante ante el avance de una izquierda moderada en el ámbito municipal (el Polo Democrático). El bipartidismo histórico de Costa Rica se ha visto afectado en la elección de 2002 con la emergencia de Acción Ciudadana, fruto de una escisión del PLN, que aglutina parte del sentimiento antipartidista tradicional. En México, si bien hay tres partidos relevantes, son el PRI y el PAN, por el momento, los que luchan por la alternancia del poder, estando el PRD en un lugar más alejado. En Nicaragua, aunque hay cambios en las etiquetas de los partidos, el sistema funciona por la división de manera bipartidista entre el FSLN y una coalición de centro derecha que mantiene sus bases y dirigentes a pesar de los cambios de nombres (en 1996 fue denominada como Alianza Liberal y en 2001 Partido Liberal Constitucionalista). En segundo lugar, Argentina, El Salvador, Panamá, Guatemala y Uruguay presentan un sistema de partidos de multipartidismo moderado, en donde entre tres y cinco partidos compiten por el poder. En tercer lugar, Brasil, Bolivia, Ecuador y Venezuela tienen sistemas multipartidistas extremos, donde más de cinco partidos –incluyendo alguno de ellos con posiciones antisistema– tienen presencia significativa en el Congreso. El caso de Chile es peculiar, porque si bien manifiesta un alto número de partidos, lo que le llevaría a estar en el grupo de multipartidismo extremo, la lógica coalicionista en dos polos hace que el sistema funcione con rasgos bipartidistas. Finalmente, la observación muestra que en seis países existen más de cinco partidos con capacidad legislativa, lo cual difi-

culta la gobernabilidad del sistema político y muestra el fracaso de muchas reformas electorales respecto a la reducción del número de partidos en América Latina.

Dicho esto, es necesario puntualizar una serie de consideraciones respecto a El Salvador y a Panamá. En cuanto al primero, se suele señalar el carácter bipartidista de su sistema de partidos, con dos fuerzas políticas mayoritarias (ARENA y FMLN) con gran capacidad de alternancia en el poder (aunque hasta el momento la izquierda nunca ha controlado el Ejecutivo y la derecha ha gobernado cómodamente), pero en la práctica el país ha ido evolucionando hacia un sistema cada vez más multipartidista, en el que junto a las dos fuerzas mayoritarias, hay agrupaciones (Partido Conciliación Nacional [PCN] y Partido Demócrata Cristiano [PDC]), que si bien son pequeñas (entre ambos controlan una media del 10% de los escaños) sin ellas resulta muy difícil conseguir mayorías legislativas que garanticen la gobernabilidad (Artiga-González, 2003). En Panamá, aun cuando algunos indican que no se puede hablar de un sistema de partidos consolidado (Brown, 2002: 13), la década de 1990 favoreció la proliferación de nuevos partidos pero también su desaparición. El sistema electoral establece que sólo los partidos que sobreviven a la elección, es decir, que consiguen superar el 5% de los votos totales de las elecciones presidenciales y legislativas, tienen derecho a obtener legisladores. En el período analizado, el 61% de los partidos que han estado inscritos han desaparecido (11 de 18), lo que muestra el efecto mecánico del sistema electoral sobre el sistema de partidos, y a pesar de la alta fragmentación del sistema de partidos, el sistema electoral contribuye a que se modere y que en realidad sólo unos cuantos partidos “sean importantes”, por utilizar los términos de Sartori (1976).

Cuadro 5. La fragmentación de los sistemas de partidos en América Latina

Elecciones legislativas		NEP p inicial	NEP p última elección	Magnitud cambio	Media país
Honduras	1981,85,89,93,97,01	2,17	2,41	0,24	2,15
Paraguay	1989,93,98,03	1,89	3,18	1,29	2,37
R.Dominicana	1978,82,86,90,94,98	1,99	2,32	0,33	2,43
Costa Rica	1978,82,86,90,94,98,02	2,38	3,68	1,3	2,52
México	1985,88,91,94,97,00,03	1,83	3,01	1,18	2,57
Colombia	1982,86,90,91,94,98,02	1,98	2,17	0,19	2,52
Nicaragua	1984,90,96,01	1,98	2,75	0,77	2,75
Argentina	1983,85,87,89,91,93,95,97,99,01	2,19	3,43	1,24	2,91
El Salvador	1982,85,88,91,94,97,00,03	2,56	3,54	0,98	3,17
Uruguay	1984,89,94,99	2,92	3,07	0,15	3,16
Guatemala	1985,90,94,95,99	2,98	2,35	-0,63	3,19
Perú	1980,85,90,95,00,01	2,46	4,37	1,91	3,34
Venezuela	1978,83,88,93,98,00	2,65	3,44	0,79	3,67
Panamá	1994,99	4,33	3,26	-1,07	3,80
Bolivia	1985,89,93,97,02	4,31	4,96	0,65	4,45
Chile	1989,93,97,01	5,07	4,9	-0,17	5,05
Ecuador	1979,84,86,88,90,92,94,96,98,02	4,03	7,54	3,51	5,86
Brasil	1986,90,94,98,02	2,83	8,49	5,66	7,06
<i>Media regional</i>		2,47	3,79		3,47

Nep p = Número efectivo de partidos parlamentarios, calculado según la fórmula de Laakso y Taagepera (1979), en el momento de conformación de la legislatura tras los resultados de la elección. La fórmula de NEP empleada es la siguiente: $N = 1 / \sum e_i^2$ donde e es el porcentaje de escaños del partido i.

En sistemas mixtos (Bolivia, Ecuador, Guatemala, México, Panamá, Venezuela) está calculado sobre el total de la Cámara, sin considerar las diferencias en la fórmula electoral por medio de la cual se elige a cada diputado. Magnitud cambio = es la diferencia entre $Nep p t + 1 - Nep p t$

En Nicaragua, UNO y Alianza Liberal son considerados como un único partido.

En Argentina, la Alianza se considera como un partido en las elecciones de 1997 y 1999.

Elaboración a cargo de Flavia Freidenberg.

La volatilidad electoral agregada

Otro de los indicadores relacionados con la estructuración de la competencia partidista y su nivel de vinculación con el electorado es el de la volatilidad electoral agregada, la cual permite conocer el nivel de alineamiento de los ciudadanos con los partidos así como también la estabilidad de las preferencias de los electores hacia un sistema de partidos determinado. Ésta es una medida que representa el cambio neto en la proporción de votos o escaños que cada uno de los partidos gana o pierde de una elección a otra. Se puede medir de diferentes maneras, aunque se suele utilizar el índice de volatilidad electoral de Pedersen (1983). Una volatilidad alta representa a un electorado que ha desplazado de manera significativa sus preferencias de unos partidos a otros, lo que puede estar vinculado tanto a un cambio natural de las preferencias de los ciudadanos como a un cambio de la oferta partidista. Una volatilidad baja, por contraparte, indica una mayor estabilización y consolidación del sistema de partidos. Los sistemas de partidos más estables en términos comparados son Honduras, Uruguay y Chile mientras que los más volátiles son Perú y Bolivia para todo el periodo considerado.

Al analizar la volatilidad electoral es necesario tomar en cuenta una serie de consideraciones. En primer lugar, que muchas veces los cambios en las preferencias de los votantes se deben más a modificaciones en la oferta partidista que en los propios electores, como puede esperarse de Perú. En segundo lugar, es importante tener en cuenta que también ha habido cambios en el número de votantes, tanto debido al crecimiento de la población como a la extensión de derechos políticos a los jóvenes y a los analfabetos (Hagopian 2000: 300). En tercer lugar, un fenómeno que afecta al cálculo de la volatilidad es el de la abstención electoral, una práctica cada vez más presente en muchos de los países latinoamericanos. Finalmente, hay casos donde si bien el apoyo a los partidos en términos nacionales son volátiles, al analizar a niveles subnacionales o regionales esos partidos suelen gozar de apoyos estables que permanecen en el tiempo.

Cuadro 6. Volatilidad electoral agregada en América Latina

País	Períodos	Índice de volatilidad electoral agregada
Honduras	1981-2001	6,94
Uruguay	1984-1999	11,37
Chile	1989-2001	14,10
Costa Rica	1978-2002	17,73
El Salvador	1985-2003	19,12
R. Dominicana	1978-1998	19,86
Brasil	1986-1998	23,94
Colombia	1982-1998	24,27
Ecuador	1979-1998	25,03
Paraguay	1989-2003	27,25
Venezuela	1978-2000	28,52
Nicaragua	1984-2001	29,37
Panamá	1994-1999	30,00
Bolivia	1985-2002	38,03
Perú	1980-2001	42,38

La fórmula para calcular el índice de volatilidad agregada es:

$VT = \sum [P_i_t - P_i_{(t+1)}] / z$ siendo P_i_t el apoyo electoral en porcentaje de votos a un partido en una elección dada y siendo $P_i_{(t+1)}$, el apoyo electoral en porcentaje de votos de ese partido en la siguiente elección.

En Ecuador se calcula a partir de los resultados electorales para los diputados provinciales.

En México y Guatemala no se calcula a raíz de la combinación de los sistemas de elección y la dificultad de conseguir datos totales.

En Argentina no se calcula debido a la dificultad en la obtención de los datos electorales.

Elaboración a cargo de Flavia Freidenberg.

La polarización ideológica de los sistemas de partidos latinoamericanos

Como ya se ha señalado anteriormente, las imágenes izquierda y derecha que son empleadas en Europa también pueden ser utilizadas en otras regiones como América Latina para caracterizar el universo político. Si bien el contenido de esas categorías varía debido a las peculiaridades de los contextos nacionales (e incluso entre ellos), la investigación empírica realizada hasta el momento señala la idoneidad de emplear la dimensión espacial de la política para describir el espacio político latinoamericano. Tanto las élites políticas como los ciudadanos han sabido identificarse en las diferentes posiciones espaciales en un continuo de izquierda-derecha y han podido utilizar esas *etiquetas* para señalar su posición, la de sus partidos y las de otras agrupaciones políticas; aun cuando ésta no sea la única que diferencie a los actores políticos entre sí ni tampoco la más importante (hay países en los que la cuestión religiosa, étnica, e incluso la territorial, puede llegar a ser más significativa). En cualquier caso, el hecho de que la sepan reconocer significa que tienen una percepción espacial de la política y esto es útil, ya que resume una determinada información acerca de la realidad¹⁸. Estas categorías permiten simplificar el universo político y dotan tanto al actor como al objeto de una identidad política, que ayuda a establecer una cercanía y/o una distancia respecto a los otros e incluso permite al observador imaginar posibles desplazamientos a uno u otro lado de ese continuo (Sani y Montero, 1986: 155).

Hay evidencia de que el uso de este indicador permite conocer más sobre la estructura de competencia del sistema de partidos. Niveles altos de fragmentación del sistema de partidos, combinado con altos niveles de polarización, afectan la gobernabilidad y la estabilidad de un sistema democrático (Sartori, 1976). Con el grado de polarización se pueden medir las distancias existentes en términos ideológicos entre los partidos

18. Una discusión sobre estos aspectos y su utilización para América Latina con fuerte apoyatura tanto empírica como documental puede encontrarse en Alcántara (2004).

políticos presentes en el sistema político y sus resultados permiten presuponer la predisposición de la élite política para consensuar políticas que favorezcan la acción de gobierno (fórmulas de consenso) o, por el contrario, que dificulten la acción gubernamental, lo que está directamente relacionado con las posibilidades de gobernar el sistema y la estabilidad de la democracia. Igualmente se puede conocer en qué medida el espacio político está cubierto por los partidos o, por el contrario, quedan espacios significativos sin representación.

El cálculo de la polarización debe ser complementado con su ponderación según el peso real de ese partido en el Congreso. Puede ser que un partido esté muy radicalizado ideológicamente pero que sea minoritario y que, por tanto, su papel (aunque importante) deba ser considerado de manera diferente a si fuera un partido grande¹⁹. Cuando el sistema está escasamente polarizado, la competencia política tiende a ser centrípeta, porque para poder ganar la mayoría los partidos deben ubicarse en el centro del espacio político (Downs, 1957). Por el contrario, altos niveles de polarización dificultan el juego político, obstruyen la construcción de alianzas interpartidistas y de acuerdos legislativos (Payne et al., 2003: 139) y son menos favorables para la estabilidad de la democracia (Mainwaring, 1993: 220). Sin embargo, los datos de polarización también pueden traducir una situación positiva en la que finalmente el sistema político haya sido capaz de llevar a cabo una función integradora de aquellos actores que se encontraban en posiciones radicales, distantes del centro político y que ponían en tela de juicio la legitimidad del sistema.

La heterogeneidad de las sociedades latinoamericanas se expresa en una polarización ideológica relativamente alta entre los partidos políticos presentes en el poder legislativo. Una excesiva polarización suele ser interpretada como una situación que alerta respecto a una cercana ruptura del sistema político pero, como también se ha señalado, puede indicar la

19. Por ello se usa una fórmula que, tras calcular las distancias entre las autoubicaciones ideológicas medias de los miembros de los partidos, pondera la misma por el porcentaje de escaños de cada agrupación (Ocaña y Oñate, 1999).

incorporación de las fuerzas radicales en el sistema político. El Salvador, Nicaragua, Colombia y Chile son los casos con un mayor grado de polarización. Los primeros reflejan la integración de la guerrilla en el sistema político bajo la forma de un partido. Colombia muestra la diferenciación existente entre las dos “familias partidistas”, aun cuando la ciudadanía denuncia que cada vez se distinguen menos las diferencias entre liberales y conservadores. En Chile se proyecta la profunda división que durante el largo período autoritario sufrió su sociedad.

Si en algunos países a pesar de los niveles de polarización la política comienza a encauzarse a través de espacios de competencia y diálogo democrático, en muchos otros la política puede ser un *diálogo de sordos*. Un ejemplo de ello parece ser Ecuador donde los estereotipos, cierta irresponsabilidad de algunos sectores de las élites políticas, y la presencia de fracturas latentes (*cleavages*) que no han terminado de incorporarse en la comunidad nacional —como la regional y la étnica— llevan a un clima de tensión política constante. En estos casos, la polarización presiona hacia la ingobernabilidad del sistema político, toda vez que cuenta con un sistema de partidos multipartidista extremo.

Finalmente, se encuentran casos donde el nivel de polarización es bajo como Paraguay, Argentina, Costa Rica y Honduras, los cuatro sistemas de partidos que tienen formatos en torno a dos o tres partidos y que suelen competir de manera centrípeta.

Una lectura interesante que resulta de estos datos se da por la diferencia entre lo que los políticos entrevistados responden sobre su ubicación en la escala izquierda-derecha y lo que indican como posición de los otros partidos en dicha escala. No hay ningún caso donde las élites hayan señalado una mayor polarización del sistema en sus propias autoubicaciones, sino que siempre se suelen moderar las propias posturas frente a lo que se indica de los otros. Por ello, al comparar las distancias entre aquellas dadas por los miembros de los partidos de sí mismos y las que éstos dieron de los otros partidos, se encuentra que las de los otros alertan sobre sistemas mucho más polarizados. El caso más extremo en esta consideración es el de México donde la ubicación de los otros multiplica por más de cuatro veces la autoubicación de los entrevistados.

Cuadro 7. Polarización ideológica ponderada según el peso de los partidos principales

País	Periodo legislativo	Partidos más distantes*	Según autopercepción miembros partidos		Según percepción de los otros partidos	
Paraguay	1998-03	PLRA-ANR	0,41		1	
	2003-08	PLRA-ANR	0,16	0,29	0,79	0,90
Argentina	1995-97	FREPASO-PJ	0,29		1,79	
	1999-01	FREPASO-PJ	0,77	0,53	2,66	2,23
Costa Rica	1994-98	PLN-PUSC	0,84		2,03	
	1998-02	PLN-PUSC	0,80	0,82	3,13	2,58
Honduras	1993-97	PLH-PNH	0,22		3,43	
	1997-01	PLH-PNH	0,53		1,71	
	2002-06	PLH-PNH	1,98	0,91	2,18	3,66
Venezuela	1993-98	MAS-COPEI	0,41		3,19	
	2000-05	MAS-COPEI	1,14	0,78	4,36	3,78
Guatemala	1995-99	FDNG-PAN	1,12		3,64	
	2000-04	URNG-PAN	0,91	1,02	2,85	3,25
Perú	1995-00	APRA-C'90	1,56		3,83	
	2001-06	Perú Posible-UPP	0,58	1,07	1,91	2,87
México	1994-97	PRD-PAN	0,58		3,48	
	1997-00	PRD-PAN	1,44		5,19	
	2000-03	PRD-PAN	1,24	1,09	5,31	6,99
Uruguay	1994-99	EP/FA-PN	0,75		4,45	
	1999-04	EP/FA-PC	1,66	1,21	6,04	5,25
R. Dominicana	1994-98	PLD-PRSC	1,54		2,68	
	1998-01	PLD-PRSC	1,27	1,41	1,30	1,99
Bolivia	1993-97	CONDEPA-ADN	1,47		2,46	
	1997-02	MIR-ADN	1,73	1,60	1,80	2,13
Ecuador	1996-98	MUPP/NP-PSC	2,03		5,69	
	1998-02	MUPP/NP-PSC	1,40	1,72	2,69	4,19
Panamá	1999-04	PRD-PA	2,03	2,03	2,58	2,58
Chile	1993-97	PS-RN	1,90		4,12	
	1997-01	PS-UDI	2,81		5,28	
	2001-04	PS-UDI	2,51	2,41	6,86	5,42
Colombia	1994-98	PLC-PCC	3,14		4,46	
	1998-02	PLC-PCC	3,06	3,10	4,57	4,52
El Salvador	1994-97	FMLN-ARENA	3,25		7,86	
	1997-00	FMLN-ARENA	5,85		12,46	
	2000-03	FMLN-ARENA	5,59	4,90	12,30	10,87
Nicaragua	1996-01	FSLN-PLC	3,90		12,44	
	2001-06	FSLN-PLC	6,53	5,22	12,66	12,55

* Partidos más distantes según la autopercepción de los miembros considerados sólo los partidos más relevantes del sistema.
La polarización ponderada media en términos de la autoubicación ideológica de los miembros de los partidos para toda América Latina alcanza el nivel de 1,77.

La polarización se mide en una escala en la que 1 es izquierda y 10 derecha de acuerdo con la resta de los valores medios de los partidos que se sitúan en el extremo ideológico del arco parlamentario ponderada por el peso de cada partido en el legislativo. Los datos para la ponderación son calculados en el momento en que se constituye el Congreso.

Fuente: Elaboración a cargo de Flavia Freidenberg a partir de datos proporcionados por Manuel Alcántara (dir.). *Proyecto de élites Parlamentarias de América Latina* (PELA). Universidad de Salamanca (1994-2004).

Una clasificación de los sistemas de partidos en América Latina

Los criterios recién abordados permiten dar luz al complejo entramado partidista en la región pudiendo elaborar una clasificación conformada por la polarización y la fragmentación y que queda recogida en el Cuadro 8. Las nueve categorías establecidas se muestran funcionales en la medida en que solamente dos no son cubiertas por ningún caso de los analizados (baja polarización y alta fragmentación y baja fragmentación y alta polarización). Sin embargo, algo más de la tercera parte de los sistemas de partidos latinoamericanos se ubican en la casilla que integra una fragmentación media con baja polarización pudiendo sostenerse que éste vendría a ser el estereotipo de los mismos, el cual coincide con el existente con respecto a los sistemas de partidos europeos.

Cuadro 8. Sistema de partidos en América Latina

		Polarización ponderada* (pp)		
		Baja (0 a 1,10)	Media (1,11 a 3,10)	Alta (+ de 3,10)
Fragmentación (Nep parlamentario última elección)	Baja (0 a 2,50)	Honduras Guatemala	R. Dominicana Colombia	
	Media (2,51 a 4,50)	Paraguay	Panamá	El Salvador
		Costa Rica	Uruguay	Nicaragua
		México		
Argentina				
		Perú		
		Venezuela		
	Alta (+ de 4,50)		Bolivia Chile	Ecuador

* Calculada con las medias de autopercepción de las élites parlamentarias entrevistadas.

No hay datos de entrevistas a las élites parlamentarias para el caso de Brasil por lo que no se puede calcular la fórmula de polarización ponderada.

Fuente: Elaboración propia.

Los retos de los partidos políticos latinoamericanos ante su inmediato futuro

Los partidos políticos latinoamericanos se enfrentan al iniciarse el siglo XXI a retos de carácter heterogéneo y de intensidad diferente según los casos y cuya naturaleza no se aleja de diagnósticos centrados más específicamente en democracias industriales avanzadas²⁰. Un diagnóstico preciso de los problemas que encaran debe partir de lo expuesto anteriormente y requiere de un análisis amplio y detallado que se escapa de la intención de estas páginas²¹. Sin embargo, parte de la literatura más reciente ha señalado la existencia de, al menos, cuatro grupos de problemas que se ligan directamente con la imagen negativa que de ellos tiene la sociedad dejando de lado, por tanto, aquellos nada despreciables pero de carácter más técnico, cuyo manejo más sofisticado queda en

20. Ver en este sentido Dalton y Wattenberg (2000) y Bartolini y Mair (2001). Estos últimos se refieren a tres tipos de retos derivados de la necesidad de armonizar procesos políticos y órdenes institucionales diferentes en el seno del estado-nación: la necesidad de ser capaces de producir una jerarquía interna relativamente coherente y de estar en posición para duplicarla o exportarla a aquellas áreas que intentan organizar y disciplinar; la necesidad de reconstruir la autonomía y coherencia de los propios partidos que son dimensiones clave de su integridad institucional; y, por último, encarar su pérdida potencial de legitimidad a los ojos de los ciudadanos enfrentándose a la corrupción y a la falta de transparencia, rompiendo el aislamiento de la clase política de las preocupaciones y de los problemas de la gente, y afrontando el declive del apoyo popular a los partidos tradicionales así como al declive de las expresiones en favor de la acción y del gobierno de los partidos.
21. En su inteligente y prolijo trabajo Linz (2002), tomando como base de su estudio casos iberoamericanos, sintetiza las principales y ambivalentes actitudes de la sociedad en torno a los partidos como necesarios pero no creíbles, particularistas e idénticos a la vez, interesados en opiniones o en votos, representativos de intereses o de "intereses especiales" y corruptos.

manos de expertos²². Son los retos que los partidos políticos latinoamericanos tienen ante su inmediato futuro. El primero se refiere a la financiación de la política (Zovatto, 2003; Alcántara y Martínez Barahona, 2003), el segundo a la democracia interna (Alcántara, 2002; Colomer, 2002; y Freidenberg y Sánchez, 2002), el tercero a la profesionalización de la política (Linz, 2002) y el cuarto a la relación entre el partido, el grupo parlamentario y, en su caso, el partido en el gobierno (Müller y Strøm, 1999; Alcántara y Freidenberg, 2001; y Linz, 2002). Seguidamente se lleva a cabo un esbozo de los mismos desde la perspectiva de que no se trata de asuntos aislados sino que tienen una notable interdependencia.

La financiación de la política supone un problema progresivamente mayor por cuanto que el gasto político tiende a incrementarse, como consecuencia del aumento notable de los procesos electorales tras la ola democratizadora y descentralizadora y de la mayor profesionalización de las campañas mediáticas centradas en candidatos, por vía de la televisión fundamentalmente²³. Y los ingresos o disminuyen por el descenso de las contribuciones de los cada vez menos militantes o se mantienen estables por las dificultades de incrementar el presupuesto público ante un público vigilante y extremadamente reacio. Este desfase tiende a ser equilibrado mediante instrumentos de recaudación de fondos que no son legales y que terminan siendo mecanismos de corrupción donde finalmente se intercambia dinero por favores en el presente o “a crédito”²⁴, y que, además, terminan confun-

22. Me refiero a aspectos institucionales relativos, entre otros, a fórmulas de puesta en marcha de mecanismos de responsabilidad horizontal, de funcionamiento de los grupos parlamentarios ligados o no a los partidos así como de los imperativos de la figura de la disciplina, de desarrollo de procesos electorales con diferentes tipos de voto preferencial y/o posibilidad de incorporación de independientes a las listas, de versatilidad en el tratamiento de las facciones, bien sean de carácter ideológico como regional, dentro de los partidos, de esquemas de revocatoria de mandatos, en fin, de fórmulas que atemperen la desafección y el desencanto ciudadano para con los partidos.

23. Zovatto (2003: 92) señala que en muchos países entre el 40% y el 70% del gasto de las campañas electorales se realiza en la televisión.

24. Véase un listado “de algunos de los principales vicios de la relación patológica entre financiación y corrupción” en Zovatto (2003: 41).

diendo la corrupción institucional (para el partido) con la individual (para el político). Al incremento del gasto político le acompaña la debilidad existente en las herramientas de transparencia, publicidad y, en su caso, de sanción de la financiación ilícita, aspectos todos que no pueden ir por separado. Las soluciones son complejas y teniendo en cuenta el marco general de la política y de la sociedad del país que se trate deben incidir precisamente en estos aspectos recién abordados: el gasto político debe reducirse bien mediante el acortamiento de las campañas, la presión sobre el mercado publicitario que infla descaradamente sus tarifas durante el período preelectoral, la mayor utilización de medios de comunicación públicos y, por último, un gran pacto político fundacional de nuevas actitudes y estrategias. Si bien esta idea cae en el terreno del “deber ser”, los actores políticos tienen que ser conscientes de la responsabilidad que les incumbe en este asunto. Por otra parte, se trata de incrementar la proporción de la financiación pública frente a la privada, dotar de mayores medios a las instancias reguladoras y fiscalizadoras e incrementar las sanciones dotándolas de efectividad.

La democracia interna se ha alzado como una panacea milagrosa ante el distanciamiento que sufre la gente de los partidos haciéndola partícipe de un momento tan trascendental en la vida de un partido como es el de la selección de los candidatos, además de procurar una supuesta legitimidad añadida al proceso político. Los argumentos a su favor que han indicado que la democracia interna supone una mayor participación de los ciudadanos en la vida interna de los partidos han generado, no obstante, serias disfunciones. El éxito de candidatos frente a la organización interna del partido, la movilización de recursos para hacer frente a estos comicios, la exacerbación del discurso para marcar nítidamente diferencias programáticas e ideológicas y el riesgo a la fraccionalización interna han aparecido como serias amenazas a estos procesos cuyo peso efectivo no ha sido siempre suficientemente evaluado. Por otra parte, los congresos de los partidos sirven más para mostrar la unidad y la solidaridad que para el debate interno, lo que los debilita como arenas movedizas para la elección de candidatos y proyecta como más democrática, y por ende más popular, la fórmula de

primarias. De esta manera, la popularización en los últimos años de este sistema de primarias se ha extendido a gran parte de América Latina (Alcántara, 2002) aunque ante sus posibles venturosos resultados algunos autores se muestran escépticos (Colomer, 2002) y otros advierten de sus consecuencias inintencionadas, algunas veces disfuncionales y “curiosamente no anticipadas (por muchos de sus abogados)” (Linz, 2002: 310), no habiendo sido, hasta la fecha, el bálsamo regenerador que se vaticinaba.

La profesionalización de los políticos tiene una connotación negativa lo cual es una paradoja en un mundo fuertemente profesionalizado y en el que el salto del sector privado a la política y el regreso para empezar de nuevo años más tarde se hace virtualmente imposible (Linz, 2002: 304). Sin embargo, la estabilidad alcanzada en la región desde 1978 ha dado margen suficiente para la puesta en marcha de carreras políticas normalizadas en las que el único impedimento han sido las limitaciones de mandatos²⁵. Los partidos latinoamericanos se enfrentan a una tarea para la que históricamente no estaban preparados, pero que el fluir de los tiempos hace ineludible, y es el de servir de plataforma para el desempeño profesional, como tarea vocacional, de aquellos que han optado por la política, pero también de asegurarse su disciplina, para lo cual no han dudado en invertir en la carrera política del candidato. Es responsabilidad e interés de los partidos articular el *cursus honorum* de sus miembros más activos lo cual les lleva no sólo a su formación, capacitación y actualización sino a ocupar espacios que levantan las críticas de la sociedad por la estrategia seguida de partitocracia²⁶. La necesaria profesionalización, por una parte, y la imagen de ascenso social y profesional no meritocrático, por otra, son dos componentes de un binomio de

25. Que afectan en el ámbito del poder legislativo a costarricenses y a mexicanos. Y en el poder ejecutivo a la práctica mayoría de los países latinoamericanos, con la excepción actual de Venezuela, si bien diferentes reformas a lo largo de la última década han posibilitado la reelección inmediata como son los casos de Argentina, Brasil y Perú o alterna como son los casos de Costa Rica y de República Dominicana. Que se suman a los ya existentes de Bolivia, Chile, Ecuador, El Salvador, Nicaragua, Panamá y Uruguay.

26. Y que en el caso más dramático, como ocurrió en Venezuela desde finales de la década de 1980, puede llegar a su crisis terminal.

difícil solución que, sin embargo, se hace más intenso conforme el tiempo pasa y el proceso político va consumiendo a sus actores.

La madurez de la política electoral, junto con diseños institucionales que mezclan sistemas de representación proporcional con fórmulas de elección presidencial basadas en el *ballotage* ha traído consigo el surgimiento de situaciones en las que los partidos se encuentran en contextos de naturaleza compleja. Las relaciones que se dan en una arena política dominada por la lógica del presidencialismo, donde la personalización de la política es muy elevada, y que, sin embargo, siguen teniendo como protagonistas a los partidos son de especial importancia cuando se producen entre el partido y el grupo parlamentario y más aun cuando el partido en cuestión se encuentra teóricamente controlando el poder ejecutivo. Hay tres escenarios en la política latinoamericana que recogen esta situación, no sin ciertas tensiones y con efectos en general perniciosos para el sistema. Puede acontecer que el líder del partido haya quedado fuera de la competición por la presidencia en cuyo caso su liderazgo adquiere un carácter “parainstitucional” y con frecuencia termina con enfrentamientos con el líder de la bancada²⁷. Pero no es menos compleja la situación cuando un partido proyecta una candidatura presidencial que no es la del líder y que siendo ganadora termina por mantener una relación compleja con el partido y el grupo parlamentario²⁸. Finalmente cabe aludir al papel del (los) líder(es) histórico(s) que por culpa de la cláusula de no reelección continúan manteniendo un liderazgo sólido en el partido frente, en su caso, al nuevo presidente del mismo partido o al liderazgo de la bancada parlamentaria²⁹. Estos escenarios, frecuentes en la política latinoamericana, son habitualmente causa de crisis o, al menos, de perplejidades ante los ciudadanos que ven con incredulidad y desconfianza lo que ocurre como “asuntos de políticos”.

27. Fue el caso de la Unión Cívica Radical en Argentina cuando perdió las elecciones presidenciales de 1989 y su candidato diluyó inmediatamente su recién estrenado liderazgo. También se puede poner como ejemplo las relaciones de Rodrigo Borja con su partido Izquierda Democrática en Ecuador y las de Cuathémoc Cárdenas con el Partido de la Revolución Democrática en México.

28. Es el caso de Vicente Fox y su relación con el Partido de Acción Nacional.

29. Algo frecuente en la política costarricense y en la política colombiana.

Referencias bibliográficas

- ALCÁNTARA, Manuel. "Experimentos de democracia interna: Las primarias de partidos en América Latina". *Working Paper*. No. 293 (2002). Notre Dame: The Kellogg Institute.
- "Tras un cuarto de siglo de democracia en América Latina". En: GUERRA, Alfonso y TEZANOS, José Félix (eds.) *Alternativas para el siglo XXI*. Madrid: Editorial Sistema, 2003. P. 519-549.
- *¿Instituciones o máquinas ideológicas? Origen, programa y organización de los partidos políticos latinoamericanos*. Barcelona: ICPS, 2004.
- ALCÁNTARA, Manuel y FREIDENBERG, Flavia (eds.). *Partidos políticos de América Latina*. 3 Vol. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2001.
- ALCÁNTARA, Manuel y BARAHONA, Elena M. (eds.). *Política, dinero e institucionalización partidista en América Latina*. México: Universidad Iberoamericana, 2003.
- ARTIGA-GONZÁLEZ, Álvaro. "Las elecciones 2003 y la difícil combinación institucional". *Estudios Centroamericanos*. No. 634-654 (2003). San Salvador: Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas". P. 213-238.
- BARTOLINI, Stefano. "Partidos y sistemas de partidos". En: PASQUINO, Gianfranco y BARTOLINI, Stefano (eds.) *Manual de Ciencia Política*. Madrid: Alianza Universidad, 1988. P. 217-264.
- BARTOLINI, Stefano and PETER, Mair. "Challenges to Contemporary Political Parties". En: DIAMOND, Larry and GUNTHER, Richard (eds.) *Political Parties and Democracy*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2001. P. 327-343.
- BROWN ARAÚZ, H. "Hacia la consolidación del sistema de partidos panameños". *Tareas*. No. 111 (agosto 2002). Panamá: Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA). P. 5-26
- CAVAROZZI, Marcelo y ABAL MEDINA, Juan (comp.). *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Buenos Aires: Ediciones Homo Sapiens, 2002.

- COLLIER, Ruth Berins and COLLIER, David. *Shaping the Political Arena*. Princeton University Press, 1991.
- COLOMER, Josep M. "Las elecciones primarias presidenciales en América Latina y sus consecuencias políticas". En: CAVAROZZI, Marcelo y ABAL MEDINA, Juan (comp.). *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones, 2002. P. 117-134.
- CHASQUETTI, Daniel. "Democracia, multipartidismo y coaliciones en América Latina: evaluando la difícil combinación". En: LANZARO, Jorge (comp.). *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, 2001.
- COPPEDGE, Michael. "Instituciones y gobernabilidad democrática en América Latina". *Revista Síntesis*. No. 22 (julio-diciembre, 1994). Madrid: AIETI. P. 61-88.
- "A classification of Latin American political parties". *Working Paper*. No. 24 (1997). Notre Dame: Kellogg Institute.
- "The Dynamic Diversity of Latin American Party Systems". *Party Politics*. No. 44 (1998). P. 547-568.
- "Political Darwinism in Latin America's Lost Decade". En: DIAMOND, Larry y GUNTHER, Richard (eds.). *Political Parties and Democracy*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2001. P. 73-205.
- CHALMERS, Douglas; MARTIN, S. and PIESTER, K. "Associative Networks: New Structures of Representation for the Popular Sectors?" En: CHALMERS, Douglas et al. *The New politics of Inequality in Latin America: Rethinking Participation and Representation*. Oxford: Oxford University Press, 1997.
- CHASQUETTI, Daniel. "Democracia, multipartidismo y coaliciones en América Latina: evaluando la difícil combinación". En: LANZARO, Jorge (comp.). *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, 2001.
- DALTON, Russell J. and WATTENBERG, Martin P. (eds.). *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*. Oxford: Oxford University Press, 2000.

- DEL CASTILLO, Pilar y ZOVATTO, Daniel (eds.). *La financiación de la política en Iberoamérica*. San José, CR: IIDH-CAPEL, 1998.
- DOWNS, Anthony. *An Economic theory of democracy*. New York: Harper, 1957.
- DUTRÉNIT, Silvia y VALDÉS, Leonardo (coords.). *El fin de siglo y los partidos políticos en América Latina*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, 1994.
- DUVERGUER, Maurice. *Les partis politiques*. París: Armand Collins, 1951.
- FREIDENBERG, Flavia y SÁNCHEZ, Francisco. "¿Cómo se elige un candidato a presidente? Reglas y prácticas en los partidos políticos de América Latina". *Revista de Estudios Políticos*. No. 118 (2002). Madrid. P. 321-361.
- FREIDENBERG, Flavia (en prensa). "Fracturas sociales y sistemas de partidos en Ecuador: la traducción política de un *cleavage* étnico". En: MARTÍ, Salvador. *Etnicidad, descentralización y gobernabilidad en América Latina*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- HAGOPIAN, Frances. "Democracy and Political Representation in Latin America in the 1990s: Pause, Reorganization or Decline?". En: AGÜERO, Felipe and STARK, J (eds.). *Fault Lines of Democracy in Post-Transition Latin America*. North-South Center Press/University of Miami, 2000.
- IMBEAU, Louis M.; PÉTRY, François and LAMARI, Moktar. "Left-right party ideology and government policies: A meta-analysis". *European Journal of Political Research*. No. 40 (2001). P. 1-29.
- INGLEHART, Ronald and KLINGEMANN, Hans-Dieter. "Party Identification, Ideological Preference and the Left-right Dimension among Western Mass Publics". En: BUDGE, Ian; CREWE, Ivor and DENNIS, Farlie (eds.). *Party Identification and Beyond: Representations of Voting and Party Competition*. Chichester: Wiley, 1976.
- JANDA, Kenneth. A. *Conceptual Framework for the Comparative Analysis of Political Parties*. Comparative Political Series 01-001. Beverly Hills: Sage Publications, 1970.

- KITSCHOLT, Herbert and HELLEMANS, Stakk. "The Left-right Semantics and the New Politics Cleavage". *Comparative Political Studies*. No. 23 (1990). P. 210-238.
- KNUTSEN, Oddbjorn. "The strength of the partisan component of left-right identity. A comparative longitudinal study of Left-Right party polarization in eight West European countries". *Party Politics*. No. 41 (1998). P. 5-31.
- LAAKSO, M. and TAAGEPERA, Rein. "Effective number of parties. A Measure with Application to West Europe". *Comparative Political Studies*. Vol. 12 (1) (1979). London: Sage Publications. P. 3-27.
- LINZ, Juan J. "Democracia presidencial o parlamentaria. ¿Qué diferencia implica?" En: LINZ, Juan J. y VALENZUELA, Arturo. *Las crisis del presidencialismo. Perspectivas Comparativas*. Madrid: Alianza Universidad, 1997.
- "Parties in Contemporary Democracies: Problems and Paradoxes". En: GUNTHER, Richard; MONTERO, José Ramón and LINZ, Juan J. (eds.). *Political Parties. Old Concepts and New Challenges*. New York: Oxford University Press, 2002.
- LINZ, Juan J. y STEPAN, Alfred. "Hacia la consolidación democrática". *La Política*. No. 2 (2) (1996). Madrid: Paidós. P. 29-49.
- LIPSET, Seymour M. and ROKKAN, Stein. "Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments: An Introduction". En: M. LIPSET, Seymour and ROKKAN, Stein. *Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives*. New York: Free Press, 1967. P. 1-64.
- MAINWARING, Scott. "Presidentialism, multipartism, and democracy: The Difficult Combination". *Comparative Political Studies* Vol. 26 (2) (July 1993). London: Sage Publications. P. 198-228.
- MAINWARING, Scott and SCULLY, Timothy R. (eds.). *Building democratic institutions: party systems in Latin America*. Stanford: Stanford University Press, 1995.
- MAIR, Peter. *Party System Change. Approaches and Interpretations*. Oxford: Clarendon Press, 1997.

- MERRIAM, Charles Edward. *The American party system; an introduction to the study of political parties in the United States*. New York: The Macmillan Company, 1922.
- MICHELS, Robert. *Political parties. A sociological study of the oligarchical tendencies of modern democracy*. Glencoe: The Free Press, 1915. (Reimpresión de 1949).
- MIDDLEBROOK, Kevin J. (ed.). *Conservative Parties, the Right and Democracy in Latin America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2000 .
- MORENO, Alejandro. *Political Cleavages. Issues, Parties and the Consolidation of Democracy*. Boulder: Westview Press, 1999.
- NORDEN, Deborah L. "Party Relations and Democracy in Latin America". *Party Politics*. No. 44 (1998). P. 423-444.
- OCAÑA, Pablo y OÑATE, Francisco. *Análisis de datos electorales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1999.
- OSTROGORSKI, Moisei. *Democracy and the organization of political parties*. New York: The Macmillan company, 1902.
- PANEBIANCO, Angelo. *Modelli di partito: Organizzazione e potere nei partiti politici*. Bologna: Il Mulino, 1982.
- PAYNE, J. Mark; ZOVIATO, Daniel; CARRILLO, Fernando y ALLAMAND, Andrés. *La política importa. Democracia y desarrollo en América Latina*. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo, 2003.
- PEDERSEN, Morgens. "Changing patterns of electoral volatility in European Party Systems, 1948-1977". En: DAADLER, Hans and MAIR, Peter (eds). *Western European Party Systems. Continuity and Change*. London: Sage Publications, 1983.
- PIZARRO LEONGÓMEZ, Eduardo. "La atomización partidista en Colombia: el fenómeno de las micro-empresas electorales". En: GUTIÉRREZ SANÍN, Francisco et al. *Degradación o cambio. Evolución del sistema político colombiano*. Bogotá: Norma Grupo Editorial, 2001.
- RAMOS JIMÉNEZ, Alfredo. *Los partidos políticos en las democracias latinoamericanas*. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones: CDCHT, 1995.

- SANI, Giacomo and SARTORI, Giovanni. "Polarization, Fragmentation and Competition in Western Democracies". En: DAADLER, Hans y MAIR, Peter (eds.). *Western European Party Systems: Continuity and Change*. London: Sage, 1983.
- SANI, Giacomo y MONTERO, José Ramón. "El espectro político: izquierda, derecha y centro". En: LINZ, Juan J. y MONTERO, José Ramón. *Crisis y cambio: Electores y partidos en la España de los ochenta*. Madrid, 1986.
- PERELLI, Carina; PICADO S.; Sonia y ZOVATTO, Daniel (comps.). *Partidos y clase política en América Latina en los 90*. San José, Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos: Centro de Asesoría y Promoción Electoral, 1995.
- SARTORI, Giovanni. *Parties and Party Systems. A framework for analysis*. Cambridge: Cambridge University Press, 1976.
- STRØM, Kaare and C. MÜLLER, Wolfgang. "Political Parties and Hard Choices". En: MÜLLER, Wolfgang and STRØM, Kaare (eds.). *Policy, Office or Votes? How Political Parties in Western Europe Make Hard Decisions*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999. P. 1-35
- VAN COTT, Donna. "Cambio Institucional y partidos étnicos en Sudamérica". *Análisis Político*. No. 48 (enero-abril 2003). Bogotá. P. 26-51.
- WARE, Alan. *Political Parties and Party Systems*. Oxford: Oxford University Press, 1996.
- ZOVATTO, Daniel. "América Latina". En: CARRILLO, Manuel; LUJAMBIO, Alonso; NAVARRO, Carlos y ZOVATTO, Daniel (comp.). *Dinero y contienda político-electoral*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003. P. 33-96.

Anexo. Siglas de los partidos políticos analizados

Argentina

FREPASO Frente del País Solidario
PJ Partido Justicialista
UCR Unión Cívica Radical

Bolivia

ADN Acción Democrática Nacionalista
CONDEPA Conciencia de Patria
MAS Movimiento Al Socialismo
MIR Movimiento de Izquierda Revolucionaria
MNR Movimiento Nacionalista Revolucionario
NFR Nueva Fuerza Republicana
UCS Unión Cívica Solidaridad

Brasil

PDT Partido Democrático Trabalhista
PFL Partido da Frente Liberal
PMDB Partido do Mov. Democrático Brasileiro
PPB Partido Progressista Brasileiro
PSDB Partido da Social Democracia Brasileira
PT Partido dos Trabalhadores

Chile

PDC Partido de la Democracia Cristiana
PPD Partido Por la Democracia
PRSD Partido Radical Socialdemocrático
PS Partido Socialista
RN Renovación Nacional
UDI Unión Demócrata Independiente

Colombia

PC	Partido Conservador
PL	Partido Liberal

Costa Rica

PAC	Partido Acción Ciudadana
PFD	Partido Fuerza Democrática
PLN	Partido Liberación Nacional
PUSC	Partido de Unidad Social Cristiana

Ecuador

DP	Democracia Popular
ID	Izquierda Democrática
MUPP-NP	Movimiento Patchakutick-Nuevo País
PRE	Partido Roldosista Ecuatoriano
PRIAM	Partido Renovador Institucional Acción Nacional
PSC	Partido Social Cristiano
SP	Sociedad Patriótica

El Salvador

ARENA	Alianza Revolucionaria Nacionalista
FMLN	Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional
PCN	Partido de Conciliación Nacional
PDC	Partido Demócrata Cristiano

Guatemala

FDNG	Frente Democrático Nueva Guatemala
FRG	Frente Republicano Guatemalteco
PAN	Partido de Avanzada Nacional
URNG	Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca

Honduras

PLH Partido Liberal Hondureño
PNH Partido Nacional Hondureño

México

PAN Partido de Acción Nacional
PRI Partido Revolucionario Institucional
PRD Partido Revolucionario Democrático

Nicaragua

FSLN Frente Sandinista de Liberación Nacional
PLC Partido Liberal Constitucionalista
UNO Unión Nacional Opositora

Paraguay

PC Partido Colorado
PLA Partido Liberal Auténtico

Panamá

PA Partido Arnulfista
PRD Partido Revolucionario Democrático

Perú

AP Acción Popular
CAMBIO90 Cambio90
FIM Frente Independiente Moralizador
PAP Partido Aprista Peruano
PPC Partido Popular Cristiano
UPP Unión Por el Perú

República Dominicana

PLD	Partido de Liberación Dominicana
PRD	Partido Revolucionario Dominicano
PRSC	Partido Revolucionario Socialcristiano

Uruguay

EP-FA	Encuentro Progresista-Frente Amplio
PC	Partido Colorado
PN	Partido Nacional
NE	Nuevo Espacio

Venezuela

AD	Acción Democrática
COPEI	Comité de Organización Político Electoral Independiente
MAS	Movimiento al Socialismo
MVR	Movimiento V República
PPT	Patria Para Todos
PV	Proyecto Venezuela

